

COMPRENSIÓN LECTORA

Lee el texto con atención, las veces que necesites, luego contesta a las preguntas.

Horacio

Horacio jamás podría olvidar el día en que el conejo se cruzó en su camino. Porque, desde ese momento, Horacio dejó de ser el mimado de la casa. Y no es que él fuese un exagerado. Ni un celoso. No señor. Es que el conejo se los había metido a todos en el bolsillo.

¡Y pensar que, al principio, mucho Horacito por aquí, mucho Horacito por allá...! Pero fue llegar el conejo ¡y si te he visto no me acuerdo!

Por eso, un día Horacio se sentó bien derecho y entrecerró los ojos, como hacía siempre que tenía que tomar decisiones importantes.

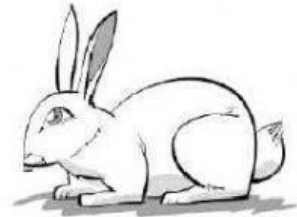
Después de barajar varias posibilidades —entre ellas la eliminación del conejo—, Horacio tomó una determinación complicada: nada más y nada menos que... ¡TRANSFORMARSE EN CONEJO!

Un poco de magia sabía, pero lo más importante era el poder de su voluntad.

«Querer es poder», se dijo Horacio para darse ánimos.

Tardó tiempo en conseguirlo, pero una mañana, después de tres horas de concentración mental, Horacio sintió, por fin, que «algo» le estaba sucediendo. Rápidamente saltó a la cómoda del dormitorio para mirarse en el espejo. Al principio, la impresión fue tan terrible que tuvo que cerrar los ojos. Pero después reaccionó.

El gato respiró hondo y se miró de nuevo en el espejo. Sí. No cabía duda: una oreja enorme, blanca y rosada, reemplazaba su antigua orejita negra de gato, la derecha. El resto fue sencillo: dos horas más de concentración y de palabras mágicas, y Horacio quedó convertido en un perfecto conejo.



Arturito estaba encantado con los dos conejos. Lo que no se explicaba era de dónde había salido el segundo conejo, pero eso no le preocupaba demasiado. Lo que sí lo tenía inquieto era la desaparición de Horacio que, de la noche a la mañana, se había esfumado como por arte de magia.

—¡Pobrecito mi gato! —lloriqueó Arturito.

Al oír esto, a Horacio se le aflojaron las patas de la emoción y hasta le temblaron los bigotes. Pero en seguida pensó:

«Me gusta, me gusta y me gusta. Que sufra como sufrí yo».

La vida de Horacio cambió muchísimo. Ahora todos le hacían arrumacos y, a veces, hasta se lo llevaban a dormir a sus camas. Sin embargo, su nueva vida de conejo dejaba mucho que desear.

¿Y la comida? Horacio amaba la carne y odiaba las zanahorias y las lechugas, ¡que era justamente lo único que ahora podía comer!

Además, para ser conejo, Horacio tenía que estar todo el tiempo concentrado.

Al menor descuido... ¡zas!, empezaban a aparecerle pelos negros o se le achicaban las orejas. La verdad es que para un gato resultaba agotador tratar de ser conejo las veinticuatro horas del día.